

# Favor con favor se paga

Por Elisa Veloza<sup>3</sup>

«Mi Dios le pague» le dijeron a Soshanna en una ocasión. Ella, que no conocía bien las formas de expresarse de los colombianos, se lo tomó muy literal, dado que había sido criada bajo un estricto modelo kantiano del imperativo categórico.

«¿Por qué no envía al menos un ángel en representación?» se preguntaba mientras, sentada en la puerta de su casa, con su bonito vestido, esperaba a que Dios viniera a pagarle. Pero él no apareció aquella tarde, a lo mejor porque andaba muy ocupado haciendo cosas de Dios. Cansada de esperarlo, decidió comer el *schwarzbrot* que había preparado para atender tan magnífica visita.

Se propuso buscar a la señora a la que había ayudado a cruzar la calle, para que ella pagara o le indicara dónde podría estar Dios. Pues, Soshanna no comprendía cómo podría éste ser tan poco serio e irresponsable con sus deudas.

Él nunca llegó. ¿Cómo podría estar por fuera de las leyes de la moral que Kant había expuesto racionalmente? Sin mencionar el hecho de que ¡era Dios! Soshanna, finalmente, aprendió a cobrar sus favores y a no confiar nunca más en ese «diosito moroso».

